A S. M. el Rey
D. Alfonso 12.

Fábula

El Cisne y la Ondina.

A orillas de un estanque trasparente
Cierto Príncipe niño
Migas de pan con infantil cariño
Daba á Cisnes y Patos sonriente.
A todos por igual les repartia
La provision golosa,
Y era de ver la cándida alegria,
Franca y risueña, de color de rosa,
Que en sus giros mostraban, nada graves,
El Príncipe y las aves.
Serio entonces acude
Y al Niño le reprende noble anciano;
Repare bien Su Alteza
Que no es propia, le dice, su franqueza
De un Príncipe real y soberano.

En canastilla airosa alado esquife,
Que se desliza breve
Por las ondas del lago cristalinas,
Estiende el blanco Cisne el cuello leve
Y dice á las acuáticas Ondinas:
Si puede una Deidad prestarme ayuda,
O Ninfas bellas, resolved mi duda.
Con un acto asi humano tan sencillo,
Como real persona
¿El esplendente brillo
Puede nunca empañar de su Corona?
Este pueblo inocente
Sus favores gustoso agradecia,
Y ufano, diligente
La merced disputábase a porfia...
Callose... y una Ondina suspirando
Atenta le responde
Con eco triste y blando:
La razon no comprendo que se esconde
Tras del veto formal, que hemos oido;
Del dulce Ruiseñor y tu graznido
La próvida natura, madre eterna,
Me enseña solo á comprender el canto;
Ora pavor y espanto,
Ora de amores la caricia tierna.
El pintado Gilguero,
Que brinca y vuela tan gozoso y viso,
Cantador y ligero
Divagando entre el chopo y el oliso,
Sólo entiende, feliz en su donaire,
La alegre y ámplia libertad del aire.
Y el lindo pez dorado,
Que boga juguetón en la laguna

Entre las ondas discurriendo á nado,
No comprende mas cielo ni fortunas,
Ni otros delirios en su mente fragua
Que verse libre en el cristal del agua.
Y el Niño, primavera,
De ilusorias imágenes henchido,
Con impulso que lanza á la carrera
Dejado apenas el caliente nido;
Ave gentil de la frondosa rama,
Que admira con sorpresa el panorama
Que á sus ojos despliega el verde monte;
Que ingenuo cuanto sé lo quiere y ama;
Abierto á su esperanza el horizonte,
Cruza el valle, se encumbra al alta sierra
Y Rey se cree de la redonda tierra.
Sé que á sus pies se humilla,
Y en alas de su anhelo
Fantástico se cierne á maravilla
Por los azules ámbitos del cielo.
Contra sabias asi fecundas leyes
De la madre natura
Que ley humana tan opuesta y dura
Ha de intimar su cúmplase á los Reyes?
Calló la Ondina; el Cisne meditando
Pensó que aquel señor estaba loco;
Y muy triste se fué con todo el bando,
Que largó de la orilla poco á poco.
Debiendo él á fé mia
Por honra y gratitud grasar eterno
Glorioso en su memoria el fausto dia.
No sé si el blanco Cisne compasivo
Dió culto á la verdad; pero discierno,
Visto el impulso natural interno,

Que le sobró motivo.
No fué empero su juicio temerario;
Que el pequeño Canario,
Por mas que en hilos lo aprisione el oro
De rica jaula, pero jaula en suma,
Es bullidor y alegre y es canoro,
Pero nunca, infeliz! las ansias pierde,
Cautivo asi en la carcel que le abruma,
De ver en campo dilatado y verde
Rizarse al suelo su amarilla pluma.
Y el Príncipe, que es niño prisionero,
Pajarillo sin alas,
Que há de anhelar, si es él por alto fuero
¿Víctima triste de sus regias galas?
El Cisne dijo bien; "naturaleza
En su espontanea sencillez no entiende
Como fácil simpleza
Subyuga al hombre y le asasalla y prende.
Misterios son y arcanos
De otro mundo que han hecho los humanos."

Madrid 21 de Noviembre de 1876.

Alfonso E. Ollero